

La hermenéutica de la historia y la importancia de explicar la historia mundial desde México*

Recibido: septiembre 16 de 2010 | Aprobado: mayo 20 de 2011

Clara Ramírez**

clarar@unam.mx

Resumen El artículo busca mostrar cómo en Latinoamérica aceptamos y copiamos una visión del mundo construida en Europa, sobre todo durante los siglos XIX y XX, que responde a los intereses de esa pequeña parte del mundo, pero que no permite explicar correctamente el desarrollo de la historia desde nuestras necesidades. Me pregunto cuál es lugar de nuestros países en la historia universal y después de mostrar lo poco explicativas que resultan las construcciones hermenéuticas europeas, propongo la necesidad imperiosa de construir explicación a la historia mundial propuesta desde esta parte de América.

Palabras clave

Historia de América Latina, Eurocentrismo, Hermenéutica histórica.

The historical hermeneutics and the importance of explain the world history from Mexico

Abstract

In this paper I argue that Latin America accepts a worldview developed in Europe. This worldview was conceived during the nineteenth and twentieth centuries, and it serves the interests of one small part of the world. It is not useful to adequately explain our history. In the article, I point out some inconsistencies present in the History we received from Europe. I show the need to deconstruct this vision and I appeal to the need to write a universal history from Latin America, to explain our societies.

Key words

Latin American History, Eurocentrism, Historical Hermeneutics.

* Este trabajo proviene del grupo de investigación: "Historiografía, difusión y enseñanza de la historia" adscrito al proyecto: *Conocimientos de Historia Universal*. Entidades financiadoras: Universidad Nacional Autónoma de México, editorial Siglo XXI y McGraw Hill editores. Número de identificación asociado: PAPIME 401306, desde 2006.

** Doctora en Historia por la Universidad de Salamanca. Actualmente Investigadora y profesora Titular de Tiempo Completo en la Universidad Nacional Autónoma de México.

IFIGENIA

que ha perdido la memoria de su vida anterior:

*Ay de mí, que nazco sin madre
y ando recelosa, de mí,
acechando el ruido de mis plantas
por si adivino a dónde voy.*

*Otros, como senda animada,
caminan de la madre hasta el hijo,
y yo no —suspensa del aire—,
grito que nadie lanzó.*

Alfonso Reyes, Ifigenia Cruel

Introducción

No es fácil entender la importancia que ha tenido la hermenéutica histórica en la conformación de nuestra visión actual de la sociedad en la que vivimos ni de los procesos que en ella se desarrollan. La formación media superior en México busca dotar a la ciudadanía de un relato histórico, importante como cultura general, pero fijo y poco modificable; no suele inculcarse la conciencia de la historia como reconstrucción, ni como interpretación del pasado. Esta realidad es especialmente válida para la enseñanza de la historia mundial o universal.

En el mejor de los casos, el ciudadano o la ciudadana de nivel medio suele tener una idea más o menos precisa de lo que los pedagogos han llamado la línea del tiempo, una línea recta sobre la que se marcan los períodos históricos: la Prehistoria, la Antigüedad Clásica, que incluye a Babilonia, Egipto, Grecia y Roma; la Edad Media, la Edad Moderna y la Edad Contemporánea. Si buscamos en internet “línea de tiempo” nos aparecen ordenaciones cronológicas, con fechas precisas que marcan los cambios históricos; no hay ninguna huella de quiénes, ni bajo qué premisas, han definido esos periodos históricos y esas rupturas.

Las cosas no mejoran sustancialmente a nivel licenciatura. Quien ha profundizado en el conocimiento histórico y ha leído a los historiadores, puede conocer las arduas polémicas intelectuales sobre cuándo empezó o cuándo terminó cada una de estas etapas. Sabe, por ejemplo, que durante la década de los 70 del siglo XX, los historiadores, sobre todo los anglosajones, debatieron en torno a “la transición del feudalismo al capitalismo” y podrá tener una idea general de los problemas que se discutieron durante esa polémica. Si es sensible y reflexiona, este o esta estudiante se deprimirá un poco cuando piense en el papel de México en esa historia: gran proveedor de plata, que posibilitó el desarrollo del capitalismo, pero que nunca se benefició de sus ventajas.

Es difícil que durante la educación secundaria o preparatoria el alumno mexicano conozca las polémicas sobre la otra transición que aparece en las líneas de tiempo, la que se dio entre la Edad Antigua y la Edad Media. Y es que, en general, se piensa que esos temas no son relevantes para nosotros, porque México poco tiene que ver con el Mediterráneo, con los árabes o con los bizantinos.¹

Las mismas ideas podrían escalarse a un espacio geográfico más allá del territorio mexicano, pero allí comienzan los problemas. México está en el continente americano, pero América no se percibe como un espacio común. Canadá y Estados Unidos parecen responder a otra historia, mientras que para el resto, al que se le reconoce una cierta tradición común, no existe un nombre claro e indistinto. Hispanoamérica hace referencia sólo a los países de habla hispana, mientras se usa Iberoamérica para incluir a Brasil. El término América Latina fue acuñado por Napoleón III para defender los intereses franceses en la región. Los críticos de estos tres términos buscan desecharlos por considerar que están definidos desde los territorios conquistadores: España, la Península Ibérica y Francia.² Otras denominaciones usuales han sido Norte América, Centro América y Sur

¹ Incluimos estos temas en el libro de conocimientos fundamentales de historia para el bachillerato que promovió la UNAM. (Ramírez, 2008).

² (Dussel, 2006), (Mignolo, 2007). Recientemente se ha retomado el término de José Martí, “Nuestra América”, para referirse a la región: <http://filosofianuestroamericana.blogspot.com>. Las reflexiones históricas que presento en este trabajo se acercan a algunos de los planteamientos hechos por estos filósofos, pero tienen diferencias importantes. Por un lado, están pensadas desde la historiografía y, por otro, buscan, no sólo repensar América, propósito de los filósofos citados, sino, sobre todo, repensar Europa.

América, pero resultan problemáticas especialmente para el caso de México, pues geográficamente hablando está en América del Norte, aunque muchas veces se lo incluye en Centro América.

El término más aceptado hasta ahora es América Latina, aunque también resulta polémico. Si nos atenemos a una definición lingüística, se impone un carácter latino a los pueblos indios que hablan idiomas no romances; además, el término deja fuera regiones anglófonas del Caribe que comparten características con América Latina e incluye otras, como Québec, que pueden resultar más ajenas. Si el término América Latina se define socioculturalmente, requiere una amplia justificación que no ha sido aún elaborada.

El hecho de que no exista un término para la otra América, con exclusión de Estados Unidos y Canadá, quiere decir que hasta ahora no hay una construcción identitaria común. Sin duda, una visión de la historia universal elaborada desde esta otra América, tema de este artículo, ayudaría a definir esa identidad. Por ahora, debo aclarar que en este artículo escribo fundamentalmente desde México, aunque estas ideas han sido discutidas también en Colombia,³ sociedad que constituye otro punto de referencia para mí.

En estas páginas me gustaría mostrar cómo estamos aceptando una visión del mundo construida en Europa, sobre todo durante los siglos XIX y XX, que responde a los intereses de esa pequeña parte del mundo, pero que no permite explicar correctamente el desarrollo de México, ni el de la América hispana o latina. Para ello, desarrollaré un poco más las dos polémicas sobre las transiciones y nuestro lugar en ellas, con la finalidad de mostrar la importancia que tiene construir una historia mundial desde México, o desde esta parte de América.

La transición de la Edad Media a la Edad Moderna

La polémica sobre el corte que separa a la Edad Media de la Edad Moderna fue especialmente álgida, como dije antes, durante la década-

³ Estas ideas se discutieron en el seminario del "Grupo de Estudios Culturales" de la Universidad EAFIT, en Medellín, Colombia, en mayo de 2009.

da de los setenta y ochenta del siglo XX, cuando, bajo la perspectiva marxista, se discutió sobre lo que se llamó el proceso de transición del feudalismo al capitalismo. Autores como Maurice Dobb, Paul Sweezy, Hohachiro Takahashi, Eric Hobsbawm y John Merrington, entre otros, polemizaron sobre esta transición y centraron su atención en las crisis que trajo consigo el acceso a la modernidad. Atendieron a factores económicos y demográficos europeos y definieron dos periodos de crisis que dieron paso a un nuevo orden económico, el capitalismo. Encontraron que la primera crisis del feudalismo medieval se dio durante el siglo XIV, y la segunda, durante el siglo XVII.⁴ Dado que hacia el siglo XIII existían elementos de modernización, como la liberación de la mano de obra, la monetarización de la economía y la integración de mercados, entre otros, se dijo que la crisis del siglo XIV demostraba que los procesos modernizadores tuvieron avances y retrocesos y no fueron ininterrumpidos.

Por otra parte, los estudiosos demostraron una crisis europea durante el siglo XVII, poco después de la gran expansión del siglo XVI. La crisis del XVII demostraba los diversos ritmos de la modernidad y permitía estudiar sus variantes en los territorios europeos. En mis años de estudiante en la carrera de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, leímos bastante sobre esa polémica. En aquel entonces, me resultó interesante la figura del japonés Hohachiro Takahashi, quien demostraba que para Japón no se aplican los vaivenes de la modernidad europea.

Unos cuantos autores del mundo hispano participaron en la polémica, la mayoría españoles, quienes buscaron demostrar cómo la modernidad había fracasado muy pronto en España.⁵

Otros historiadores que trabajaron sobre la transición del feudalismo al capitalismo, muchos no europeos, se preocuparon por conocer los efectos de las fluctuaciones de la modernidad en otras regiones del Planeta. Para el caso de la Nueva España, Wodrow Borah fue el primero en plantear el problema de la crisis del siglo XVII (Borah, 1975). Tiempo después Johnathan Israel cuestionó los alcances de

⁴ Una recopilación de los artículos con sus respuestas se hizo en (Hilton, 1977).

⁵ Por ejemplo, (Nadal, 1975).

la crisis del siglo XVII en México y, aunque la aceptó, propuso una cronología diferente a la que se había manejado para Europa (Israel, 1980). La polémica sobre el efecto de las crisis europeas en México ha sido fundamental en la historiografía y solo recientemente se empiezan a ofrecer otras explicaciones sobre el modelo económico de México durante esos primeros siglos del capitalismo.

En un trabajo reciente, Ruggiero Romano, quien sintetizó y reformuló la polémica de la transición, (Romano, 1993) explica que el atraso de América Latina, y el mexicano en particular, se debió, en buena medida, a la falta de moneda circulante en sus mercados. El autor plantea la paradoja de cómo esta región, que proporcionó la plata para la monetización de Europa, no contó con el metal necesario para el dinamismo de sus mercados. Romano advierte que esta deficiencia se debió a decisiones políticas, aunque no desarrolla este factor. (Romano, 2004).

Ruggiero Romano parece consciente de que sus conclusiones dejan a México y a la América hispánica en el mismo lugar de atraso y subdesarrollo de siempre, por eso, circunscribe sus apreciaciones a la historia económica y política, dejando un margen para la historia cultural:

En todo lo dicho en este libro y en particular en las últimas páginas puede quizá reflejarse una visión demasiado pesimista y reducida de un mundo que, por otro lado, impulsó altísimas creaciones artísticas y culturales... La verdad es, no obstante, que la coexistencia de una economía natural con la economía monetaria no excluye evoluciones culturales de alto vuelo (Romano, 2004: 424).

Pero en su libro Romano no trabaja las producciones culturales de la América hispana, sino su modelo económico. En ese sentido, y aunque estoy de acuerdo con sus conclusiones, me parece que es un texto hecho desde Europa, para explicar el atraso o la disfuncionalidad de un modelo moderno impuesto por Europa, y no sólo por España. Y aunque me parece muy distante de los prejuicios de las generaciones de filósofos e historiadores anteriores, no ofrece una explicación global de la historia de México.

Me parece que de toda la polémica de la transición queda, para México (o América hispana o latina), la idea de un acceso tardío

y errado a la modernidad, fracaso que se explica por la paradoja de que llegamos tarde a la crisis del siglo XVII o porque no había plata en estos mercados, pese a que se era de los primeros productores mundiales del metal.

Y es que cuando desde Europa se piensa en México, se piensa en la desigualdad económica. Recuerdo una anécdota que me desconcertó mucho. En España asistí a una cena donde estaban sobre todo personas de Bélgica. Me preguntaron cómo era vivir en un país tan desigual como México y, en un esfuerzo explicativo, les contesté que era como si Bélgica y el Congo Belga estuvieran juntos. La analogía insultó a la concurrencia sin que yo entendiera bien por qué; la anfitriona me explicó que no era de buen gusto recordarles a los belgas su pasado colonial. Su éxito dependía de sí mismos y el fracaso de ciertos territorios africanos dependía de sus habitantes. Entendí entonces que una de las claves de la explicación de la modernidad europea era excluir a las colonias, las que sin embargo son la otra cara de esa misma modernidad. Para los europeos en general ese modelo explicativo funcionaba bien, pero no funcionaba para mí. Cómo encajaba yo ese silencio en mi explicación del mundo, si venía de esa parte innombrable. Resultaba una esquizofrenia parecida a la que vivía como mujer leyendo textos escritos por y para hombres (Schweickart, 1999). En este caso, además, leía textos escritos por y para europeos.

Con todo, los historiadores de la transición del feudalismo al capitalismo habían prestado gran atención al caso americano, en comparación con sus antecesores europeos. En mi trabajo como profesora de historiografía general en la carrera de historia leí a muchos de los más reconocidos historiadores o filósofos de la historia europeos y siempre pensaba cuál era el lugar que le daban a México y a la otra América en sus textos. La explicación era reiterada: México y la América hispana en general habían fracasado ante la modernidad. Los argumentos para explicar el fracaso se centraban en dos razones fundamentales: el carácter hispano o ibérico de la colonización y el propio carácter americano de la región.

La historiografía anglosajona había marcado la desventaja que significa para Hispanoamérica el hecho de haber sido descubierta por una monarquía decadente, fanática, violenta y excluida de la

modernidad europea, como era España (Robertson, 1790). Otros enfoques historiográficos posteriores, como la sociología histórica o la historia de la cultura, reforzaron esta misma interpretación.⁶ La reacción española ante la reforma religiosa, a la que han llamado contrarreforma, dejó a España y a sus colonias fuera de la cultura científica moderna y del desarrollo que propició la modernidad después de la ruptura religiosa del siglo XVI. La Inquisición, el fanatismo y la fe se cernieron sobre el mundo hispánico, en una prolongada Edad Media que congeló la modernidad. Debido a esta visión de la historia universal se explica que la Época Colonial mexicana se suele asociar con la Edad Media europea y no con la Edad Moderna, de la que cronológicamente forma parte. En las universidades europeas, la historia de América suele tener departamentos propios en las facultades, ajenos a los de historia Moderna.

Tales modelos explicativos eran válidos para la historia económica, política o para la historia de la ciencia. Otra cosa, que no tenía nada que ver, era el desarrollo literario y artístico de la España del Siglo de Oro, que resultaba aislado e inexplicable.⁷

Los procesos históricos del mundo hispánico tampoco parecen tener un lugar dentro del modelo de desarrollo histórico planteado por los franceses, donde todas las naciones deben pasar por el absolutismo monárquico para acceder después a la revolución burguesa. Según la historiografía filo-francesa, la corona española había fracasado antes de lograr el absolutismo, por lo que, bajo este modelo, el mundo hispano se quedó a las puertas de la modernidad. Para estos escritores, en todo caso, el arribo hispánico a la modernidad fue muy posterior al francés y se dio por imitación de las transformaciones galas. En este esquema, la modernidad de la América hispánica tendría lugar durante el siglo XVIII, cuando los criollos americanos, influidos por la Revolución Francesa, decidieron romper con España y modernizar sus países. Sin embargo, estas explicaciones no pueden dar cuenta de por qué, si el desarrollo de las colonias depende del de sus metrópolis, las colonias francesas, como Haití, no se modernizaron desde el XVII al mismo tiempo que Francia⁸.

⁶ Falta una revisión detallada de este asunto. Véase (Ramírez, 2007: 267- 280).

⁷ En otra ocasión hemos tratado de explicar la relación entre el desarrollo económico y político de España y su desarrollo cultural. (Ramírez, 2008b: 427-447), (Pavón – Hidalgo – Ramírez, 2007).

⁸ Jaime Rodríguez ha escrito contra el excesivo peso que se ha dado a la influencia francesa en los procesos de independencia americana: (Rodríguez, 2000).

Así pues, en general, en las líneas de tiempo de la historia universal el descubrimiento de América suele marcar el inicio de la Edad Moderna, pero ello no implica que, a partir de entonces, la América hispana o latina comience a participar en la historia universal. No, el centro del desarrollo, según los europeos, sigue estando en Europa. Y allí está el segundo criterio de exclusión: el ser americanos.

El espíritu hegeliano que recorre los pueblos perfeccionándose a sí mismo, no había pasado por América. Para Hegel, quien escribió en el siglo XIX, si Estados Unidos parecía despuntar, su participación en la historia sería cosa del futuro e iba en contra de su naturaleza americana, pues, para él, América era física e intelectualmente inferior:

... en la época moderna, las tierras del Atlántico, que tenían una cultura cuando fueron descubiertas por los europeos, la perdieron al entrar en contacto con estos... se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente tanto en lo físico como en lo espiritual... En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, etc.; pero estas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del viejo mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes (Hegel, 1989: 170-171).

Es difícil comprender cómo estas líneas están respaldadas por el rigor racionalista y científico alemán del siglo XIX. ¿El tamaño de los cocodrilos mide la fortaleza de un pueblo? Hoy sabemos que los más grandes están en los océanos Índico y Pacífico... ¿qué significaría eso bajo estas premisas? No me detendré en argumentos pseudonaturalistas que tanto han aguijoneado a los americanos de todos los tiempos.

Aceptamos, con la versión europea de la historia, muchas falacias, construidas por los prejuicios de épocas anteriores y por altas autoestimas culturales. Cuando conviene Egipto, y los cocodrilos del Nilo son europeos, como lo es también Turquía, y cuando no, no forman parte de Europa. Me refiero, por ejemplo, a una afirmación muy frecuente entre los historiadores europeos: la historia nació en

Grecia, a la que se asimila con Europa; sin embargo, el primer historiador, Heródoto, conocido como el padre de la historia, nació en Halicarnaso, hoy Bodrum, en Turquía (Cantarella, 1996: 18). Hoy Heródoto no sería europeo, ni tendría pasaporte comunitario. ¿Por qué la historia sí?

Aceptamos, también, que sólo hay una modernidad cuyo modelo es bipartita: inglés o francés. Todos los demás países llegarán a esa la modernidad tarde o temprano, en condiciones desiguales y siguiendo esos ejemplos. ¿No será esta idea otro cocodrilo europeo, especie que, según noticias recientes, se extinguió hace 5 millones de años?

La transición de la Edad Antigua a la Edad Media

Las polémicas que han mantenido los historiadores europeos sobre el otro cambio histórico acaecido en las llamadas líneas del tiempo es el tránsito de la Edad Antigua a la Edad Media. Desde México (o la América hispana o latina) pensamos que esa época histórica nos es ajena y no solemos prestar atención a esos acontecimientos. Sin embargo, considero que esa polémica es fundamental para los americanos, porque nos permite entender los límites de la hermenéutica bajo la que Europa ha tratado de explicar la historia y nos incita a crear una interpretación más amplia, donde podamos comprender la multiculturalidad y la riqueza de nuestra historia.

Los esfuerzos explicativos de la caída del Imperio romano se remontan a los momentos más álgidos de crisis imperial. Durante las invasiones germánicas, Agustín de Hipona trató de explicar el saqueo de la ciudad de Roma por los bárbaros, en el año 410. Rompió el mito de Roma como ciudad elegida por el dios cristiano y explicó su saqueo por causas terrenas, similares a las que habían destruido muchas otras ciudades a lo largo de la historia. En cambio, reservó la felicidad prometida a los cristianos para otra vida, después de la muerte. Su planteamiento teológico ha tenido mucho éxito y ha sido fundamental para el desarrollo posterior del cristianismo (Hipona, 1981).

Agustín había nacido en Tagaste, hoy Argelia, y pasó en esta región la mayor parte de su vida, excepto los cinco años vividos

en Italia. Fue obispo de Hipona, también en Argelia, y murió allí, mientras la ciudad estaba sitiada por los germanos. Si hubiera nacido hoy, a nadie se le ocurriría decir que era europeo; sin embargo, la tradición historiográfica lo considera como tal, porque asocia Imperio romano occidental con Europa, anulando el norte de África (Burns, 1988: 90). En cambio, podríamos decir que fue un argelino quien trató de explicar por primera vez la derrota del Imperio romano.

¿Por qué un africano se preocupó por explicar la toma y saqueo de la ciudad de Roma? Para comprender este hecho tendríamos que ser muy conscientes, lo que no suele suceder, de que el Imperio romano fue un imperio mediterráneo. Hacia principios del siglo V, cuando el Imperio romano era amenazado por los pueblos germanos, su dominio se extendía sobre todo el mediterráneo, incluido el norte de África y el Asia Occidental. De hecho su capital principal estaba, desde hacía casi un siglo, en Constantinopla, hoy Estambul, en Turquía. Hacia el siglo V de nuestra era, el vínculo del Imperio romano con la ciudad de Roma era débil, pese a que en la antigua capital aún sobrevivía el senado. Sólo pervivía el nombre. En la práctica, ese Imperio era, sobre todo, mediterráneo y medio oriental. Sus centros neurálgicos, económica y culturalmente, estaban en Siria y en Egipto.⁹ Las ciudades más importantes del Imperio romano cristiano eran, además de Constantinopla, Antioquía, hoy Antakya, también en Turquía, y Alejandría, en el actual Egipto. Las ciudades Italianas miraban hacia oriente, donde estaban los centros de desarrollo, y no hacia Europa. Pero esa es una historia que nos han hecho olvidar.

Las invasiones germánicas son presentadas por la historiografía como un problema exclusivamente europeo; con ellas nace Europa y la Edad Media. Sin embargo, si se presta un poco de atención a los propios historiadores europeos,¹⁰ se entenderá que las invasiones fueron un fenómeno que afectó a todos los pueblos mediterráneos. Los germanos presionaron fuertemente a lo que hoy es Turquía,¹¹

⁹ Estos datos están en cualquier historia del periodo. Puede verse (Maier, 1989: Introducción).

¹⁰ Véase, por ejemplo, el libro, por lo demás excelente, de Musset (1967).

¹¹ De hecho, la batalla que marcó el inicio de las invasiones, en 378, se libró en Adrianópolis, hoy Edirne, En Turquía. Musset deja ver cómo la parte oriental del Imperio romano pudo negociar mejor con los pueblos germanos y, para evitar ser invadida, los desvió hacia la parte occidental. (Musset, 1967).

donde en ese entonces estaba la capital de Imperio romano, y al norte de África, donde los Vándalos establecieron el reino más independiente y agresivo de todos los germánicos. Con esta visión más amplia de las invasiones germánicas, resulta comprensible que la primera respuesta cristiana a la toma de la ciudad de Roma, a principios del siglo V, se haya dado en lo que hoy es Argelia.

Cabría preguntarnos, ¿cuándo empieza esta apropiación de la historia del Imperio romano occidental por parte de Europa? Me parece que el planteamiento se remonta a los nuevos intentos de explicar la caída del Imperio romano, por parte de los ilustrados europeos, durante el siglo XVIII.

En 1734 Montesquieu publicó en Francia sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos* (Montesquieu, 1942) allí, argumentaba que el cambio de régimen político de la república a la monarquía era la causa fundamental de la crisis romana. Por eso, para Montesquieu, la decadencia del Imperio romano comenzaba muy pronto, con el Imperio mismo; es decir, en el siglo I antes de nuestra era. Por su parte, el historiador inglés Edward Gibbon asoció la caída del Imperio romano con el fortalecimiento del cristianismo, hecho que, según él, generó nuevas fidelidades en los ciudadanos romanos, propiciando una decadencia prolongada y continua (Gibbon, s/f.). Su obra, en varios volúmenes, abarca desde siglo II hasta 1453.

Me parece que para estos dos historiadores, el mejor momento de Roma no fue su época imperial, sino la republicana,¹² época que, además, podían fácilmente calificar como la más europea de la historia romana. Tal vez las obras de Montesquieu y Gibbon no fueron los primeros intentos de borrar el carácter mediterráneo del Imperio romano para hacerlo más cercano a Europa, pues ya los renacentistas argumentaban que el mejor latín era el de Cicerón, corrompido posteriormente por el latín eclesiástico de los padres de la iglesia mediterráneos.

Para muchos historiadores europeos actuales, el Imperio romano sigue siendo, sobre todo, la experiencia republicana inicial.¹³ Sin

¹² En ello estaban siguiendo a los historiadores romanos clásicos, como Tito Livo o Tácito.

¹³ Véase, por ejemplo, (Cantarella, 1996).

embargo, cuando los europeos limitan la definición de cultura romana al periodo anterior al siglo I o II de nuestra era, se enfrentan a problemas que todavía no logran resolver. En estricta lógica, si la cultura romana termina, a más tardar, en el siglo III, no pueden retomarse como romanos algunos elementos constitutivos de Europa, como el derecho romano y el cristianismo, por ejemplo.

¿Cómo explicar que la recopilación más importante de derecho romano se haya hecho en el siglo V, en Constantinopla, hoy Turquía, bajo Justiniano, un emperador nacido en la actual república de Macedonia, pero que hablaba latín? En esa época, Macedonia formaba parte del Imperio romano de oriente y la lengua más común en esa zona era el griego. Sin embargo, la mayor parte de la recopilación justiniana está en latín, lengua del imperio, aunque las partes más modernas, las *Novellae*, están en griego (Ostrogorsky, 1983: 89). Tenía dos lenguas oficiales. La página electrónica oficial del Ministerio de Cultura Español, además de que confunde las partes que estaban en latín con las que estaban en griego, se extraña de la presencia del griego en una recopilación de derecho romano: “Curiosamente, aunque se trataba de recopilar la jurisprudencia y la legislación romanas, las Instituciones, el Digesto y el Código están redactados en griego, y solo las Novelas lo están en latín [sic]”.¹⁴ Lo que no parecen advertir quienes esto escribieron es que el griego fue la lengua más usual en Imperio romano de oriente desde el siglo VI hasta el siglo XV, casi diez siglos. Tal vez tendríamos que reconocer que el griego fue más hablado en el Imperio romano, que el latín, que sólo se usó como lengua oficial durante cuatro o cinco siglos de la historia imperial romana.

El problema es que la historiografía europea ha negado la sobrevivencia del Imperio romano en su parte oriental hasta el siglo XV. En cambio, a aquella parte del Imperio romano que sobrevivió a la expansión árabe del siglo VII y que se siguió llamando a sí misma Imperio romano, los europeos le llamaron Imperio bizantino o Bizancio.

¹⁴ <http://recursos.cnice.mec.es/latingriego/Palladium/latin>. Consultada el 22 de junio de 2009.

En general, el Imperio romano posterior al siglo VII o Imperio bizantino ha sido uno de los grandes imperios ignorados por la historiografía europea. A manos de los estudiosos europeos, perdió el nombre con el que se definía a sí mismo, Imperio romano, para ser llamado Imperio bizantino.¹⁵ Le fue suprimido su nombre original para marcar la diferencia que había entre el Imperio romano clásico y éste, que bien podría haberse llamado Imperio romano cristiano, como lo sugiere Franz Maier (1989: 15). Bizancio era, en realidad, el nombre de la población sobre la que se edificó Constantinopla, a partir del año 324. El nombre de Bizancio correspondía a una pequeña polis, por lo que resulta pobre para designar a uno de los dos imperios más importantes del mediterráneo medieval. En todo caso debió nombrarse Imperio Constantinopolitano, pues Constantinopla, su capital, parece haber sido la ciudad más poblada del mediterráneo hasta el siglo XV. No está de más insistir en que los bizantinos se llamaban a sí mismos romanos, por lo que, durante la Edad Media, el gentilicio “romano” era válido tanto para los habitantes de la ciudad de Roma, como para los habitantes del Imperio romano cristiano.¹⁶

Al llamársele Imperio bizantino, se le arrebató al Imperio romano cristiano su caracterización como “romano”, misma que permaneció como una primacía de la Roma republicana y, en todo caso, del primer imperio. Roma retomaba su significado como una geografía más cercana a la Europa del siglo XVIII, abandonando su referente al Imperio romano cristiano, con capital en Constantinopla. Esta diferenciación encajaba muy bien en la visión de la historia que tenían los ilustrados europeos, para quienes Roma encarnaba lo excelso del Imperio, y Bizancio la barbarie fanática posterior.

Pero esta reducción de significantes del gentilicio “romano” no es válida para el mundo medieval. Durante toda la Edad Media, los

¹⁵ Hieronymus Wolf fue el primero en ocuparse de los textos medievales griegos y fue también el primero en emplear el término bizantino en su obra: *Corpus byzantinae historiae*, durante el siglo XVI. Le siguieron algunos más, hasta que, a mediados del siglo XVII, la corte francesa propició la bizantinística, como se le llama a los estudios bizantinos, y bajo el auspicio de Luis XIV publicó un *Corpus Historiae Byzantinae*, compuesto por 34 volúmenes. Con esta obra se afianzó definitivamente el término de Imperio bizantino para designar al Imperio romano cristiano. (Ostrogorsky, 1983: 17-20).

¹⁶ La princesa e historiadora Ana Comneno, quien nació y vivió en Constantinopla a finales del siglo XI y principios del XII, escribió la *Alexiada*, obra donde cuenta historia de su padre, el emperador Alejo Comneno; en todo momento se refiere a él como emperador de los romanos. A su ciudad la llama Constantinopla, aunque en algunas ocasiones se refiere a ella como Bizancio. (Comneno, 1986).

reinos y los imperios medievales de lo que hoy es Europa reconocían al Imperio romano cristiano como la fuente última de legitimidad y el paradigma imperial.

Cuando en el año 800, Carlomagno, rey de los francos, fue coronado emperador por el papa León III, creyó recibir la corona del único Imperio romano, el que tenía su capital en Constantinopla. Junto con el papado, alegaba que el trono estaba vacante porque en ese momento Irene, una mujer, fungía como emperador,¹⁷ lo que a esos políticos europeos les parecía ilegítimo. Sin embargo, Carlomagno dudaba de su legitimidad, por lo que le ofreció matrimonio a Irene, quien, antes de responder, fue depuesta por el ejército romano bizantino (Treadgold, 2001: 156). Después de la muerte de Carlomagno, en el año 814, el imperio carolingio cayó en el olvido y cada vez que se intentó revivirlo en lo que hoy es Europa occidental, se buscaba obtener la legitimidad del emperador romano que estaba en Constantinopla. A finales del siglo X, Otón I, deseoso de la restauración imperial en occidente, casó a su hijo, el futuro Otón II, con una princesa romana bizantina, Teófano, quien gobernó el imperio germánico después de la muerte de su esposo, en 983, como regente de su hijo de tres años, Otón III. Teófano educó a su hijo en la tradición bizantina y su regencia fue fundamental para el éxito imperial de los Otonidas, cosa que pocas veces se le reconoce (Le Goff, 1969: 89-90).

La separación entre Bizancio y Roma permitió a los ilustrados anticlericales achacar al Imperio bizantino todo el clericalismo, sacando al cristianismo de la historia antigua de Europa, que terminaba con la Roma pagana. La Edad Media y Bizancio eran periodos perdidos para los procesos civilizatorios. Para Gibbon, la historia posterior al siglo III era “el triunfo de la barbarie y de la religión”. Para Voltaire, Bizancio era “una indigna sucesión... de declamaciones y milagrerías” y para Montesquieu “un enjambre de revueltas, sediciones y de perfidias” (Ostrogorsky, 1983: 20). Así, el anticlericalismo ilustrado del siglo XVIII no tuvo inconveniente en descartar

¹⁷ Irene firmaba como *basileus*, emperador, y no como emperatriz o *basilisa*. (Ostrogorsky, 1983: 189).

el cristianismo de la tradición romana y no reconoció nada bueno en lo que sobrevivió del Imperio romano, ni siquiera el derecho.

Pero, al sacar a Bizancio de su horizonte explicativo, los europeos no pudieron entender su propia historia. Los historiadores del siglo XIX, obsesionados con la formación de los estados nacionales, no podían entender la miseria que se había cernido sobre Europa entre el siglo IV y el siglo X. Vieron en el despertar de Europa, a partir del siglo XI, un renacimiento que parecía reinventarlo todo después de una gran nada. Aun no hay una respuesta clara para su mal planteada pregunta de cómo se pasó del esplendor del primer imperio, durante el siglo II, a la ruina del siglo V.

Sin atender a que el centro de desarrollo histórico se había trasladado a oriente, los historiadores decimonónicos se esforzaron por fijar fechas precisas para el cambio de la Edad Antigua a la Edad Media.¹⁸ Con el nacionalismo como horizonte común, intentaron explicar el surgimiento de cada uno de los estados nacionales europeos, por lo que fijaron su atención en la caída del Imperio romano de occidente. Las primeras fechas propuestas fueron el año 312, en el que Constantino asoció el cristianismo a la suerte del imperio, y el 330, fecha de la inauguración de Constantinopla, la nueva capital en oriente. Otros alegaron que el imperio terminó en 395 con la división definitiva del imperio entre oriente y occidente. Otros más fijaron el fin del Imperio romano en 476, año en que murió el último emperador de occidente; ésta sigue siendo una fecha ampliamente aceptada.

La mayoría de los modelos explicativos coincide en que entre el siglo IV y la coronación de Carlomagno, en el año 800, se alzaban los años más oscuros de la historia. Estos historiadores no pudieron ver que el Imperio romano de oriente, Bizancio, continuó la tradición cultural de la antigüedad clásica.

Durante el siglo XX la historiografía habló de grandes períodos de transición. Se dijo que la transición entre la Edad Antigua y la Edad Media había comenzado en el siglo III y había durado hasta el siglo IX, por lo que habría durado siete largos siglos; por su parte, la transición de la Edad Media a la Edad Moderna habría comenzado en el siglo XIII y terminaría en el siglo XVI, con una duración de

¹⁸ Sobre estas polémicas puede verse (Maier, 1989: Introducción).

cuatro siglos. En cambio, dentro de estos esquemas explicativos, la Edad Media propiamente dicha, sólo habría durado tres siglos, del X, al XII (Maier, 1989: Introducción).

Por otra parte, dentro de una perspectiva marxista, Perry Anderson analizó las transiciones entre la antigüedad y la Edad Media en un libro clásico (Anderson, 1979) que fue el complemento de su obra sobre la transición del feudalismo al capitalismo. Su preocupación fundamental era explicar el paso del esclavismo al feudalismo, y, aunque tiene una visión amplia de Europa, sigue la traza que va de Grecia y Roma a la Europa occidental.

Los demás textos que estudiaron la transición entre la Antigüedad y la Edad Moderna llegaban a la conclusión de que el periodo comprendido entre los siglos III y VIII era una edad oscura, de transición, donde la civilización había desaparecido, dando paso a un silencio difícil de interpretar. Para muchos, como Ferdinand Lot (1956) quien publicó su obra en 1927, ese periodo no formaba parte de la Antigüedad, mientras que para otros, como Henri Pirenne (1981) cuya obra apareció póstumamente, en 1936, la Antigüedad se prolongaba hasta el siglo VIII. Las diferencias se explican, a mi modo de ver, por los diversos intereses de cada autor. Lot quería explicar el nacimiento de Europa, por lo que estudia la antigüedad comparándola con los siglos IV o V de nuestra era. Desde su posición, la ruptura entre el Imperio romano clásico y los reinos germánicos europeos resulta evidente. Si se compara el reino visigodo con la Roma de Augusto, la decadencia y la ruina resultan obvias.

Pirenne, por su parte, vislumbró, al final de su vida, que el tránsito entre la Antigüedad y la Edad Media debía plantearse en términos mediterráneos, pues Roma era un imperio mediterráneo, que no había desaparecido con la caída de occidente. Por ello, consideró que el verdadero fin de la Antigüedad había ocurrido con la ruptura de la cultura mediterránea, ocasionada por el avance del Islam, durante los siglos VII y VIII.

Henri Pirenne planteó un espacio explicativo para Europa, el mediterráneo, que permitía comprender mejor su historia medieval. En ese nuevo espacio, la historia europea no podía entenderse de manera aislada, sino que debía entrar en relación con las otras sociedades mediterráneas, formadas a partir del Imperio romano: el mundo árabe-islámico y Bizancio.

Años después, en 1949, Fernand Braudel retomó el mismo espacio explicativo para construir su obra sobre el mediterráneo en tiempos de Felipe II.¹⁹ Me parece que este había sido un logro de la historiografía europea, un acto de humildad que relativizaba su propia historia y daba lugar a explicaciones más amplias y convincentes. Sin embargo, las conclusiones de estos dos grandes historiadores no han sido aceptadas por todos. Las reacciones contra Pirenne fueron violentas y sus tesis no son aceptadas en la actualidad (Maier, 1989: 377-378). Las ideas de Braudel no siempre fueron seguidas por sus alumnos de la llamada tercera generación de *Annales*.

La ruptura con la visión mediterránea de la historia dentro de la historiografía francesa resulta evidente en un pequeño libro de Jacques Le Goff, *La vieja Europa y el mundo moderno* (Le Goff, 1995). El texto resulta muy sintomático de la nueva realidad europea de los años noventa. Fue publicado en Alemania, en 1994, un año después de que la Comunidad Económica Europea se transformó en Unión Europea, para propiciar una integración política y cultural entre los países miembros, y seis años antes de la entrada en vigor del euro como moneda única en Europa. Con este texto, escrito en francés y publicado en Alemania, Le Goff se suma a los esfuerzos de los unionistas, dando argumentos históricos, que tratan de refutar a los opositores. Le Goff escribió una apología de la unidad europea, muy acorde con las necesidades de los gobiernos comunitarios.

El texto comienza así: “Europa es antigua y futura a la vez. Recibió su nombre hace veinticinco siglos y sin embargo sigue hallándose en estado de proyecto”. Le Goff hace caso omiso al cambio semántico que ha tenido la palabra Europa, que hace veinticinco siglos era un ser mitológico, y con ello concede, a lo que hoy se conoce como un continente, una tradición histórica de miles de años.²⁰ El anacronismo intencionado se desarrolla por todo el texto, con una evidencia que no merece parafrasearse. Me interesa sobre todo ver cómo Le Goff ha abandonado el mediterráneo. Después

¹⁹ Aunque Braudel no dice que retomara la idea de Pirenne, sí aclara que recibió sus enseñanzas en Argel, en 1931. (Braudel, 1953: 19).

²⁰ Enrique Dussel advirtió el problema del deslizamiento semántico del concepto de “Europa”, en “Europa, modernidad y eurocentrismo”. Véase: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/dussel/artics/europa.pdf>. Consultado el 1 de julio de 2009.

de ocuparse de Grecia y asegurar que de allí viene el espíritu crítico con el que los europeos enfrentan el “fundamentalismo de otros pensamientos”, (Le Goff, 1995: 10) el autor presenta a Roma: “El Imperio romano parece señalar un desliz de Europa. Se centra en el Mediterráneo, engloba amplias porciones de África y de Asia...” Pero como este espacio explicativo rompe su propósito eurocentrista, Le Goff lo abandona:

...pero su centro es Italia, país europeísimo. Consigue penetrar con su civilización unitaria en amplias regiones: Portugal, España, Norte de Inglaterra, Galia, valle del Rin hasta Maastrique, valle del Danubio hasta Aquincum en las puertas de la actual Budapest. La huella romana sigue siendo visible en muchas ciudades europeas, porque esa huella es sobre todo urbana. (Le Goff, 1995: 10 y 11).

A partir de allí el Imperio romano se vuelve un sinónimo de Europa. Le Goff olvida que el granero de Roma era Egipto y que los centros de civilización más importantes durante muchos siglos estuvieron en medio oriente.

Si sobre el contorno romano del siglo II se hubiera hecho la Unión Europea del siglo XX, como a veces sugiere Le Goff que se hizo, ésta tendría que incluir, no sólo a la polémica Turquía, sino también a los conflictivos países árabes medio orientales y a toda la costa norte del África, desde Egipto hasta Marruecos.

Pero no, los europeos de hoy se definen a sí mismos frente al mundo árabe-islámico, con el que niegan tener puntos comunes en la historia. Hoy los africanos son emigrantes que llegan en pateras en busca de trabajo. Sin embargo, en el siglo II, los antepasados de muchos de estos árabes y africanos eran ciudadanos romanos.

Para justificar la exclusión del mundo árabe, Le Goff apela a la división del Imperio entre occidente y oriente, en 395, y concluye: “La prefiguración de Europa que fue el Imperio romano de occidente también pone de manifiesto la necesidad que tiene un conjunto político y cultural de mantener vivas y juntas una economía y una moneda”. Estaba preparando la llegada del Euro. Pero, históricamente hablando, Le Goff olvida que precisamente lo que había demostrado Pirenne con su obra *Mahoma* y *Carlomagno* fue la continuidad de la unidad monetaria en el mediterráneo aun después de la caída del

Imperio romano de occidente (Pirenne, 1981). No parece un buen recurso apelar a la división del Imperio en el siglo IV, para promover la aceptación del euro al final del siglo XX.

Pero más allá de eso, me interesa destacar el anacronismo constante de Le Goff al decir que el Imperio romano de occidente fue la prefiguración de Europa. ¿Qué hubiera dicho San Agustín desde Hipona o los habitantes de Julia Cartago, desde el norte de África, la segunda ciudad en importancia del Imperio romano de occidente, después de Roma? Se olvida de que el Imperio romano de occidente incluía, también, el norte de África.

En el texto de Le Goff, el vino, el ladrillo, el libro y el cristianismo constituyen patrimonios europeos. Ante tal apropiación de las historias de otros pueblos, sólo me detendré en el elemento más trascendente: el cristianismo. El autor afirma: “La gran novedad religiosa e ideológica de la Europa occidental a partir del siglo IV es el cristianismo”, afirmación que resulta falaz. En primer lugar, Europa occidental no existía en el siglo IV. En segundo lugar, el cristianismo era, esencialmente, una religión asiática y helenística, que entró con dificultad en la ciudad de Roma.²¹ Constantino dejó de perseguir a los cristianos y comenzó a protegerlos, por lo menos a partir del año 312. Pero al mismo tiempo, fue Constantino quien sancionó la supremacía oriental del Imperio, con la construcción de una nueva capital, Constantinopla, edificada sobre el estrecho del Bósforo e inaugurada en el año 330.

De hecho, Constantinopla, hoy Estambul,²² fue la primera ciudad exclusivamente cristiana: en la nueva capital imperial se prohibió el culto público pagano, mientras Roma seguía siendo el centro de las veneraciones paganas (Maier, 1989: 43). El primer concilio cristiano, prueba fehaciente de la cristianización del estado romano, se celebró en Nicea, en el año 325, hoy Iznik, en Turquía (Ostrogorsky, 1983: 61). En el año 451 el concilio realizado en Calcedonia,

²¹ Estas ideas fueron expuestas por el doctor Jaś Elsner, investigador en el Corpus Christi College de la universidad de Oxford, en una conferencia pronunciada en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, en 2008.

²² La palabra Estambul es un helenismo que quiere decir “en la ciudad”. Debo la información a Ricardo Martínez.

cerca de Constantinopla, reconoció cinco sedes patriarcales, igualmente soberanas, que se habían consolidado en los siglos anteriores: Alejandría (en Egipto), Antioquía (en lo que hoy es Turquía), Constantinopla, Jerusalén y Roma. Hacia el siglo V el cristianismo era una religión mediterránea y básicamente del mediterráneo oriental.

Algunas regiones de lo que hoy es Europa también participaron en esa unidad cristiana que se estaba formando en el mediterráneo durante el siglo IV; pero los pueblos germánicos en particular habitaban regiones marginales, que se identificaron con zonas de misión o territorios dominado por herejes. De hecho, muchos de los germanos que se asentaron en el territorio del Imperio romano profesaban el arrianismo, la primera herejía condenada por la ortodoxia cristiana en el concilio de Nicea (Maier, 1989: 107). El cristianismo fue pues una religión mediterránea, que se consolidó durante el siglo IV, a la sombra del emperador de Constantinopla.

La visión de un cristianismo mediterráneo nos permite entender esta religión en el contexto de las demás religiones que rodaron aquel mar, sobre todo el judaísmo y el islam. De hecho, las tres religiones son las hegemónicas en la región mediterránea durante la Edad Media y parecen estar más fuertemente vinculadas de lo que hoy se suele reconocer. Se acepta la idea del judaísmo como un antecedente del cristianismo y del Islam, como una religión ajena y guiada por principios antagónicos a los de las otras. Sin embargo, habría que reconocer los vínculos que durante todo el periodo medieval, y aún ahora, han tenido estos tres credos. Las tres religiones van conformando respuestas distintas a problemas comunes, como la relación entre naturaleza divina y naturaleza humana o la posibilidad de representación de la naturaleza divina. Pero este es un asunto sobre el que no me extenderé ahora. Sólo quiero destacar que fue en ese proceso de definición frente las otras dos creencias, donde cada una de esas tres religiones acentuó el sentido de diferencia e intolerancia que se ha manifestado en repetidas ocasiones en la historia posterior y que aún perdura entre los creyentes más fanáticos de los tres credos.

Con la expansión del Islam, a partir del siglo VII, el cristianismo mediterráneo se fragmentó. Las comunidades que obedecían a la

sede de Antioquía, aceptaron tributar al Islam, pero siguieron siendo cristianas y desarrollaron iglesias que, con el paso del tiempo, explican la existencia de los actuales maronitas. Los cristianos de Alejandría se agruparon en la iglesia copta y los del Imperio romano cristiano siguieron alegando su ortodoxia y dado que contaban con el estado que la defendía y difundía se los identificó como cristianos ortodoxos. La iglesia ortodoxa emprendió la evangelización de la mayoría de los eslavos, ampliando considerablemente sus adeptos. La iglesia romana, por su parte, fue fortaleciéndose paulatinamente, en su propio aislamiento, pese a las reiteradas pretensiones de unificación con los ortodoxos (Maier, 1989: 107).

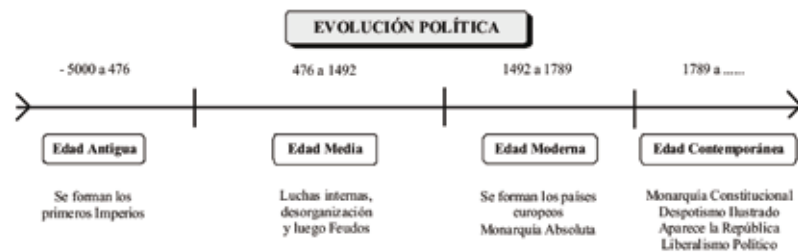
Es muy probable que a principios del siglo XVI, antes del descubrimiento de América y en los albores de la reforma protestante, la mayoría de los cristianos fuera ortodoxa. Sin embargo, desde la caída de Constantinopla en poder de los turcos, en 1453, esa iglesia se dispersó, como se habían dispersado antes los cristianos de Antioquía y Alejandría. Por eso, desde finales del siglo XV, Europa occidental queda como la única unidad cristiana fuertemente centralizada en el mediterráneo. Pero lo que es válido para el siglo XV, no lo es para el siglo IV. El cristianismo europeo, dividido a partir del siglo XVI, fue implantado en América por los europeos, pero eso no quiere decir, como se suele hacer, que el cristianismo fuera una construcción exclusiva de Europa. Es una religión mediterránea, como toda la cultura en la que se gesta.

Creo, en conclusión, que el largo periodo histórico que va desde el siglo IV al XV debe subdividirse en periodos históricos más coherentes con las necesidades de la explicación histórica: un primer periodo, el Imperio romano cristiano que va del siglo IV al siglo VIII, debe explicarse en términos mediterráneos. A partir del siglo IX y hasta el XV, tres grandes entidades históricas dominaron el mediterráneo: el mundo árabe-musulmán, el Imperio romano bizantino y la Europa medieval. No se puede entender la historia de ninguna de estas entidades aisladamente, pues el espacio histórico de su desarrollo sigue siendo mediterráneo hasta el siglo XVI. La caída de Constantinopla ante los turcos, en 1453, sacó del panorama histórico a una de las tres entidades del mediterráneo medieval, el

Imperio bizantino. Con la caída de Constantinopla, el cristianismo mayoritario, el ortodoxo, perdió su buena parte de su referente político y se dispersó. Permaneció en Rusia, como la tercera Roma, con el zar como gobernante supremo, pero alejada ya del Mediterráneo. Europa retomó entonces la estafeta del cristianismo como bandera política. Esto ocurrió a partir del siglo XVI, no del IV.

La hermenéutica europea de la historia y la crítica americana

En América Latina hemos copiado de Europa una hermenéutica de los procesos históricos, la que se suele sintetizar en una línea de tiempo para facilitar la enseñanza media y media superior. Presento a continuación un ejemplo tomado de una página argentina:²³



En general, los dos primeros periodos no suelen estudiarse en nuestros bachilleratos, así que empezamos a estudiar la historia universal a partir del siglo XVI, con el inicio de la Edad Moderna, cuando Europa se ha quedado sólo en el mediterráneo, asimila y sintetiza la historia anterior y emprende la conquista de América. Nuestra cultura histórica suele proyectar esa supremacía de Europa, como lo ha hecho la propia historiografía europea, a los periodos anteriores. Así, Europa se convierte en la cuna de nuestra civilización, a la que debemos todo.

En estas páginas he querido mostrar que tal visión de la historia es una construcción histórica elaborada por los europeos, sobre todo

²³ <http://www.fmmeduacion.com.ar/Recursos/Esquemas/0esquemas.htm>. Consultada el 22 de mayo de 2009.

a partir del siglo XVIII, y no es conveniente para entender nuestros propios procesos americanos.

Necesitamos construir una explicación propia de la historia mundial para poder explicar la historia de México. Si desarrollamos mejor la idea esbozada aquí sobre el carácter mediterráneo de esa historia que llamamos occidental, podríamos recuperar tradiciones y vínculos culturales muy importantes para nosotros, que han sido borrados porque son incómodos para los europeos de la modernidad.


No puedo desarrollar aquí esa nueva historia que necesitamos, pero intentaré plantear algunas preguntas que muestren esa necesidad imperiosa. Pensemos, por ejemplo, en la importancia que para nosotros tiene la tradición bizantina que nos ha sido arrebatada por la hermenéutica de la historia europea. Los primeros españoles que llegaron a América estaban aún cerca de Constantinopla, ciudad que había caído en poder de los turcos 68 años antes de la toma de México Tenochtitlán. Mi primera sorpresa al estudiar los libros contenidos en la biblioteca personal de un universitario mexicano, muerto en 1598, fue la cantidad de obras bizantinas que se encontraban en el inventario.²⁴ Ahora entiendo que el cristianismo de donde aquellos hombres trataron de resolver los problemas a los que se enfrentaban estaba basado en las fuentes mediterráneas anteriores al siglo VII; así, esos textos están más presentes en la cultura de los primeros novohispanos que otras obras de la Europa moderna como, por ejemplo, *El príncipe* de Maquiavelo. Para entender a aquellos primeros novohispanos debo conocer a los bizantinos.

Otro ejemplo más: el México de hoy tiene múltiples y ricas relaciones con un mundo árabe que no coincide plenamente con la imagen del árabe-terrorista-islamista-fundamentalista que se impone en la llamada cultura occidental. Las migraciones de árabes cristianos a varios países de Hispanoamérica están documentadas desde la segunda mitad del siglo XIX y el árabe es una de las lenguas extranjeras más habladas en algunos de estos países, aunque no contamos con muchos datos al respecto. En la ciudad de México hay una

²⁴ Se trata de la biblioteca de Hernando Ortiz de Hinojosa. He publicado el inventario en (Ramírez, 2002: 326-346).

parroquia donde la misa dominical se oficia en árabe y en Colombia, por ejemplo, hay poblaciones bilingües, como Maicao²⁵.

Aunque estas migraciones sean decimonónicas, ello no explica por qué a los árabes les resultó fácil emigrar a Hispanoamérica. No encontramos una explicación para estos vínculos en la historia universal hecha por los europeos ¿podría explicarse debido a que buena parte de España fue árabe durante la Edad Media? ¿O, más lejos aún, emigran los libaneses cristianos a Hispanoamérica porque compartimos un cristianismo parecido? Pero, en tal caso, ¿por qué no emigraron también a la España decimonónica...?

Con estas ideas, un poco sueltas e imprecisas aún, creo haber mostrado la importancia de reconstruir la historia mundial desde México para poder explicar mejor nuestro lugar en el mundo 

²⁵ <http://delgadomoscarella.blogspot.com/2009/05/el-uso-de-la-lengua-arabe-en-colombia.html>. Consultada el 30 de julio de 2009.

Referencias

- Anderson, Perry (1979). *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, México D.F.: Siglo XXI.
- Bautista y Lugo, Gibran (2007). *1624: Historia de una rebelión olvidada. El levantamiento popular de 1624 en la ciudad de México, a través de sus primeras crónicas*. Tesis de licenciatura en historia, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.
- Borah, Wodrow (1975). *El siglo de la depresión en la Nueva España*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, Fernand (1953). *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, vol. 1.
- Burns, J. H. (1988). *The Cambridge History of Medieval Political Thought, c. 350-1450*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Cantarella, Eva (1996). *El peso de Roma en la cultura europea*, Madrid: Akal.
- Comneno, Ana (1986). *La Alexiada*. Estudio preliminar y traducción de Emilio Díaz Rolando. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Dussel, Enrique (2006). *Filosofía y cultura de la liberación*, México: UACM.
- Gibbon, Edward (s/f.). *The Decline and Fall of the Roman Empire*, Nueva York: The Modern Library (Obra publicada entre 1776 y 1788).
- Hegel, Georg W. F. (1989). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid: Alianza Universidad.
- Hilton, Rodney (1977). (ed.) *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona: Crítica (Primera edición en inglés, 1976).
- Hipona, Agustín de (1981). *La Ciudad de Dios*, México D.F.: Porrúa.
- Israel, Jonathan I. (1980). *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial, 1610-1670*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Israel, Jonathan I. (1974). "Mexico and the General Crisis of the Seventeenth Century", *Past and Present*, núm. 63, Oxford.
- Le Goff, Jacques (1969). *La civilización del occidente medieval*, Barcelona: Juventud.
- Le Goff, Jaques (1995). *La vieja Europa y el mundo moderno*, Madrid: Alianza.
- Lot, Ferdinand (1956). *El fin del mundo antiguo y los comienzos de la Edad Media*, México D.F.: UTEHA.
- Maier, Franz Georg (1989). *Las transformaciones del mundo mediterráneo*, México D.F.: Siglo XXI.

- Mignolo, Walter (2007). *La idea de América Latina*, Barcelona: Gedisa.
- Montesquieu, Charles Barón de (1942). *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, Madrid: Espasa Calpe.
- Musset, Lucien (1967). *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona: Labor.
- Nadal, Jordi (1975). *El fracaso de la Revolución Industrial en España 1814-1913*, Barcelona: Ariel.
- Ostrogorsky, Georg (1983). *Historia del Estado Bizantino*, Madrid: Akal.
- Pavón, Armando – Hidalgo, Mónica – Ramírez, Clara Inés (2007). *Los otros molinos del Quijote*, México D.F.: UNAM.
- Pirenne, Henri (1981). *Mahoma y Carlomagno*, Madrid: Alianza.
- Ramírez, Clara Inés (2001). *Grupos de poder clerical en las universidades hispánicas. Los regulares en Salamanca y México durante el siglo XVI*, 2 vols. México D.F.: CESU-UNAM, vol. 1 (vol. 2. de 2002).
- Ramírez, Clara Inés (2007). “La crisis de la razón dialéctica en la Universidad de Salamanca durante la segunda mitad del siglo XVI”, en *Miscelánea Alfonso IX*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Ramírez, Clara Inés (2008a) (coord.) *Conocimientos fundamentales. Historia*, México D.F.: UNAM-McGraw Hill.
- Ramírez, Clara Inés (2008b). “Escolástica y literatura”, en: *Significación política y cultural del humanismo iberoamericano en la época colonial*, México D.F.: UNAM-Plaza y Valdés.
- Robertson, William (1790). *The History of America*, Basilea: Legrand.
- Rodríguez, Jaime (2000). *La independencia de la América española*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Romano, Ruggiero (1993). *Coyunturas opuestas*, México D.F.: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Romano, Ruggiero (2004). *Mecanismo y elementos del sistema económico colonial americano, siglos XVI al XVIII*, México D.F.: El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.
- Schweickart, Patrocinio P. (1999). “Leyéndo(nos) a nosotras mismas: hacia una teoría de la lectura”, en: *Otramente: lectura y escritura feministas*, México D.F.: UNAM- FCE.
- Treadgold, Warren (2001). *Breve historia de Bizancio*, Barcelona: Paidós.